

ELOGIO DE LA METÁFORA

Por Fernando Musante

La metáfora, del latín *metaphora*, tomado a su vez del griego *μεταφορά*, es un tropo (en griego *τρόπος*), vale decir la sustitución de una expresión por otra cuyo sentido es figurado, pero también es una de las figuras retóricas más importantes ya que **es** empleada para dar vida o darle un sentido real a lo ficticio. El diccionario de la R.A.E. la define como la traslación del sentido recto de una voz a otro figurado, en virtud de una comparación tácita. *Meta* (*μετα*) en griego significa más-allá-de, y *phorare* (*φορά*) trasladar.

Todas las figuras retóricas son recursos del lenguaje se usan de forma original o poco frecuente en las palabras para potenciar su significado, y son muy utilizadas en el ámbito literario (en obras como la poesía y la dramaturgia), y también es posible emplearlas en el habla cotidiana. La lista de ellas es extensa, a la metáfora podemos sumar la metonimia, la sinécdoque, la alegoría, la hipérbole, el pleonasma, la prosopopeya, la sinestesia, el hipérbaton y varias otras más.

Una metonimia mayúscula nos llega desde el Siglo de Oro. Francisco de Quevedo para representar la brevedad de lo que se vive, y cuán nada parece lo que se vivió, escribió: *en el Hoy y Mañana y Ayer, junto / pañales y mortaja, y he quedado / presentes sucesiones de difunto*. Un bello ejemplo de sinécdoque nos obsequia Jorge Luis Borges en “Fundación mítica de Buenos Aires: *vinieron las proas a fundarme la patria*. Tal vez la alegoría por excelencia sea la de la caverna de Platón. Con... *por tu amor me duele el aire, el corazón y el sombrero*, Lorca usa una hermosa hipérbole. Atahualpa Yupanqui en “Tiempo Del Hombre” aporta este pleonasma: *Hundida en el silencio de un desierto sin agua*, y nos da en “El Arriero” un precioso ejemplo de prosopopeya cuando dice: *en las arenas bailan los remolinos*. Una clara muestra de sinestesia lleva la firma de Homero Expósito en su tango “Trenzas”. Dice Expósito: *trenzas del color del mate amargo*, y a Gustavo Adolfo Bécquer le debemos este magnífico hipérbaton: *Del salón en el ángulo oscuro, / de su dueña tal vez olvidada, / silenciosa y cubierta de polvo, / veíase el arpa*.

El lenguaje, en tanto la capacidad que tiene el ser humano para expresarse y comunicarse, a través de diversos sistemas de signos: orales, escritos o gestuales, tiene la palabra como herramienta principal. Pero la palabra, para su circulación –tanto oral como escrita– está circunscripta a las normas de diferentes sistemas: las lenguas. Otros sonidos son universales, y aquí apunto.

Yuval Noah Harari historiador y escritor israelí, es también profesor en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Entre sus obras se encuentran “Sapiens: De animales a dioses”, “Homo Deus: Breve historia del mañana” y “21 lecciones para el siglo XXI”. En “De animales a dioses”, obra que lleva por subtítulo “Breve historia de la humanidad”, Yuval Harari traza una línea temporal de la historia

partiendo de trece mil quinientos millones años antes del presente cuando aparecen la materia y la energía, lo que da inicio a la física, y los átomos y las moléculas. Inicio a la química. La formación del planeta Tierra la data cuatro mil quinientos millones de años atrás, la evolución del género *Homo* en África en dos mil quinientos millones, en trecientos mil años el Uso cotidiano del fuego, en doscientos mil la Aparición de *Homo sapiens* por evolución en África oriental, en setenta mil la revolución cognitiva con la aparición del lenguaje ficticio, en sólo cinco mil años junto a los primeros reinos y el dinero, aparece la escritura.

Creo que, sin pretender polemizar con el profesor Harari, se puede agregar que en el medio de estos últimos cinco mil años apareció el arte. La palabra, por ciertos rincones del planeta, generó la tragedia griega, y de ella nació la gran dramaturgia. Los sonidos de la naturaleza se volvieron melodías y sus formas y colores obras mayúsculas. Es decir, todo fue más-allá-de para ser más. Mucho más.

El maestro Osvaldo Piro dijo que alguna vez se le había ocurrido incluir un bajo “*ostinato*” en un arreglo al recordar el goteo de una canilla en el largo pasillo de una casa chorizo. Juan Libertella (el hijo del eximio bandoneonista Pepe) contó que su padre escribía sus composiciones mientras se oía el ruido de la Singer pedaleada por su abuela. El poeta Orlando Mario Punzi, en su poema “Barrio”, escribe: ...y un silencio rayado por el pito del tren, y en sus “Diez décimas para mi esquina” dice: ... y *el eco del callejón / esas cosas baladíes / pasa doblando las íes / del silbato del botón.*

Pensando que cada uno de esos ruidos, memoria mediante, convoca imágenes con sus propios colores, texturas y olores, es probable que, a muchos músicos, como a Osvaldo Piro –y aún sin ellos saberlo–, les hayan dictado la esencia de los sonidos de sus melodías, y a los poetas de sus versos. *Un coro de silbidos, allá en la esquina...* dice Homero Manzi, en el *Primus* no bulle la pava... dice Celedonio Flores, *el minuterero muele la pesadilla de su lento tic-tac...* dice Lepera, *con un concierto de vidrios rotos, el organito crepuscular...* dice González Castillo, *un botón que toca ronda pa' no quedarse dormido...* dicen Marcos Larrosa y José Canet, *la poesía del grillo del zanjón...* dice Cátulo Castillo.

El maestro pianista Santiago Rosso me comentó una vez que Gershwin se inspiró en el ruido de (tacatac, tacatac) de un tren (de los de los años veinte) en el que venía viajando para escribir su inmortal Rhapsody in blue. Los que viajamos en esos trenes hasta muchos años después de los veinte reconocemos aquel sonido de las metálicas ruedas al pasar por sobre los durmientes. Esta pieza, Rhapsody in blue, fue escrita para piano y banda de jazz en 1924, y su título ha dado lugar a erróneas traducciones (Por ejemplo: Rapsodia triste) por asociar la palabra *Blue* al *blues* central de la partitura. Lo cierto es que el título se corresponde a un intento de asociar sonidos y colores a semejanza de los simbolistas, de igual manera que lo hizo Debussy cuando escribió: *Un acorde de novena, bemoles azules...* Vale decir: esos ruidos también tienen colores. Colores que sólo se saben ver con los ojos del corazón (Du Saint Exupery dixit) o los que son capaces de atender a razones que la razón desconoce (Pascal dixit).

José Saramago dijo alguna vez que los escritores son –en verdad– traductores, porque traducen sensaciones y sentimientos. Yo creo que ente esas sensaciones están los ruidos. Ruidos que en almas artísticas puedan volverse sentimientos para luego volcarlos en obras de arte.

¿Cuáles serán los ruidos de hoy que inspirarán a nuestros poetas para volverlos poesía? ¿Cuáles los que generarán el milagro de que nuestros músicos los transformen en sonidos melodiosos y hasta en silencios para transformarlos en música? ¿Cuáles de ellos puedan volverse colores, para integrarse a esa policromía que Van Gogh hallaba en la aparente singularidad del amarillo, y Manzi en la luz de un almacén?

Harari continúa su enumeración temporal y dice que hace quinientos años se produjo la revolución científica. Esto hizo que la humanidad admita su ignorancia y empiece a adquirir un poder sin precedentes. Los europeos empiezan a conquistar América y los océanos. Todo el planeta convierte en una única liza histórica, llega el auge del capitalismo. Y hace doscientos años sucede la revolución industrial. Familia y comunidad son sustituidas por Estado y mercado y hay extinción masiva de plantas y animales. Hoy los humanos trascienden los límites del planeta, Tierra; las armas nucleares amenazan la supervivencia de la humanidad. Los organismos son cada vez más modelados por el diseño inteligente que por la selección natural. Y aquí es donde se basa mi reflexión, si –como dice Harari– “Los organismos son cada vez más modelados por el diseño inteligente que por la selección natural”, ¿dónde queda ese ser humano capaz de ver el interior de las vastas piedras, para quitar luego lo sobrante y legarnos El David, entre otras cosas?

¿Sería posible para una inteligencia artificial componer como Mozart? Tal vez sí, pero lo que nunca podría máquina alguna, lo aseguro, es ir más allá de Mozart, a partir de Mozart. Por eso brindo este elogio a la metáfora, porque es llevar a un significado más-allá-de sí mismo. Ese significado, ya sea palabra, ruido, olor, sabor o roce se vuelve símbolo a partir de la sensibilidad y el arte de un ser humano. Yo creo que esto será siempre imposible para una inteligencia artificial. Es más, no sólo lo creo, lo deseo.